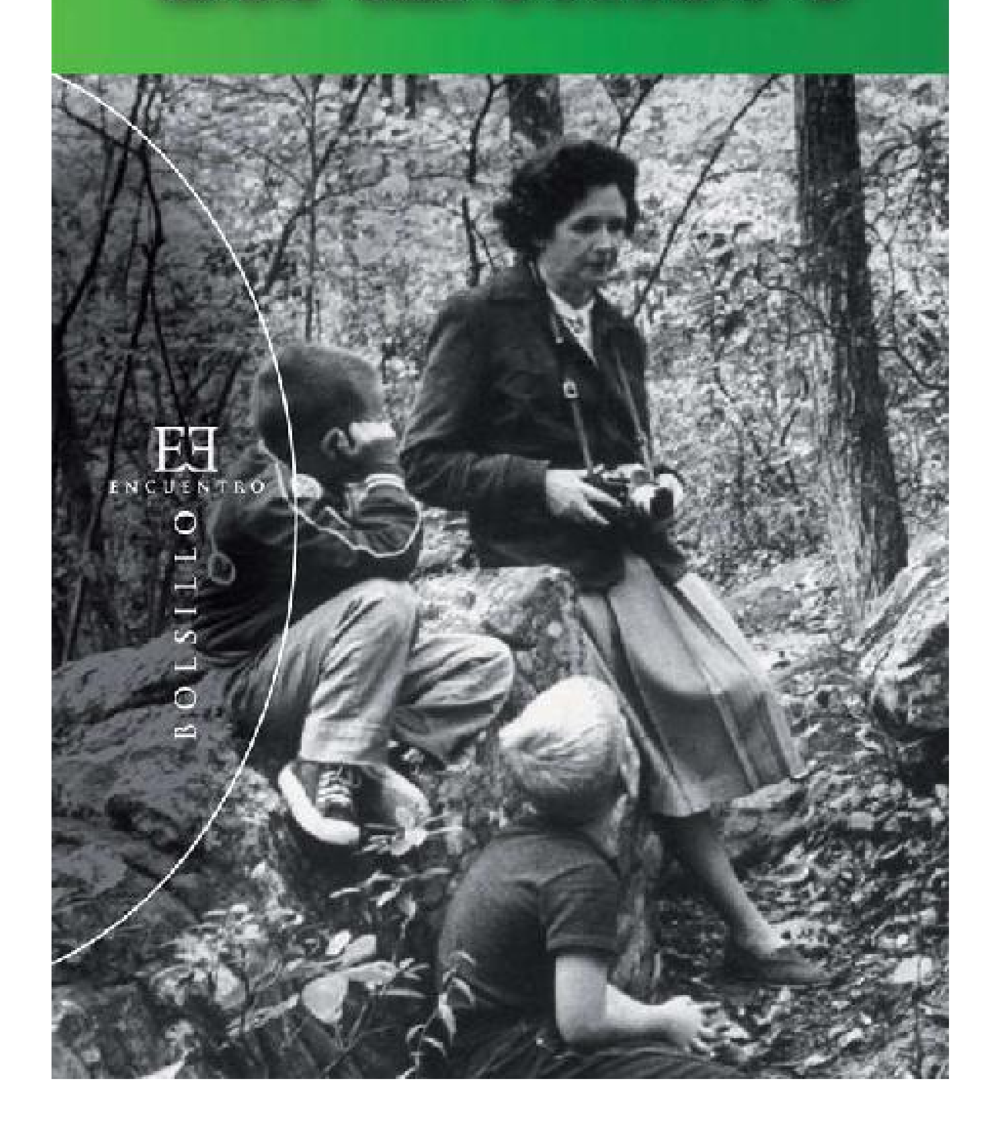
RACHEL CARSON

El sentido del asombro



RACHEL CARSON

El sentido del asombro



Libros de bolsillo
91

Rachel Carson

El sentido del asombro

Prólogo y traducción de M.ª Ángeles Martín R-Ovelleiro



Título original

The Sense of Wonder

Diseño de la cubierta:
o3, s.l. - www.o3com.com

ISBN libro electrónico: 978-84-9920-769-8
ISBN libro en papel: 978-84-9920-147-4

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a: Redacción de Ediciones Encuentro Ramírez de Arellano, 17-10.ª - 28043 Madrid Tel. 902 999 689
www.ediciones-encuentro.es

Prólogo Por primera vez se traduce al español el libro *The Sense of Wonder* (1965), *El sentido del asombro*. Fue escrito por Rachel Carson, una mujer que hizo historia en el mundo ambientalista con su libro *La primavera silenciosa* (1962), en el que denunció el uso indiscriminado del DDT señalando sus dañinas consecuencias para la salud pública y la naturaleza.

> «Era una primavera sin voces. En las madrugadas que antañ 2010. o fueron perturbadas por el coro de gorriones, golondrinas, palomos, arrendajos y petirrojos y otra multitud de gorgojeos, no se percibía un solo rumor, sólo el silencio se extendía sobre los campos, los bosques y las marismas»[1]·

¿Qué es lo que ha silenciado las voces de la primavera en incontables ciudades de Norteamérica? con esta pregunta comienza *La primavera silenciosa,* que tras cincuenta años sigue siendo un *best seller*. La posibilidad real del escenario que describió Carson conmocionó a la sociedad americana de los años sesenta.

El revuelo que produjo esta publicación tuvo varias causas. En primer lugar, utilizó un lenguaje científico y a la vez divulgativo que nunca nadie había mostrado tan asequible a un público general. En segundo lugar, denunció exhaustivamente una tecnología dañina a la que no se planteaba ponerle límites en aquella época. En tercer lugar, evidenció un riesgo para la salud pública por una falta de precaución normativa.

Los temores generalizados en la sociedad americana se desataron. Como consecuencia, el imperio de la industria química de los pesticidas organizó una intensa campaña de desprestigio personal y descrédito científico contra Rachel Carson. A pesar de ello, la aparición de su nombre en la prensa fue constante y el éxito de ventas del libro inusitado. Esto provocó que la única cadena de televisión americana que empezaba a emitir en esa época, la CBS, realizara un programa especial sobre los pesticidas químicos y *La primavera silenciosa*. En dicho programa emitido en directo en franja de máxima audiencia se entrevistó a Rachel Carson. Miles de hogares vieron por televisión a una mujer, sin afán alguno de protagonismo, que advertía de los peligros del DDT para la salud de las personas y de los ecosistemas. La firmeza de su argumentación junto con su capacidad comunicativa desencadenaron la alarma social.

Por este motivo, el Congreso de los Estados Unidos, bajo el mandato del presidente J.F. Kennedy, la llamó a comparecer en una Comisión de Estudio acerca de los Pesticidas. Como consecuencia, la

Comisión estableció la necesidad de comenzar Políticas de Protección de Salud Pública y de Conservación de la Naturaleza. Todo este proceso empezaría a cristalizarse sin que Carson lo viese en vida, en 1969, con la firma de la Ley Nacional de Protección Ambiental (conocida como la NEPA), precursora de toda la Legislación Ambiental Americana y más tarde Europea. Rachel Carson murió de cáncer de pecho a los cincuenta y seis años, en 1964.

Se puede decir que el curso de la historia sociológica de América, y por influencia la de Europa, cambió al introducir la cuestión de nuestra relación con la naturaleza a debate. El axioma de proteger el medio ambiente, que hoy nadie discute, tiene en este momento su origen. Asimismo, los movimientos ecologistas surgen, como explican la mayoría de los tratados de Historia de la Conservación, a raíz de la publicación de *la primavera silenciosa*. La importancia de Carson para los que queremos y trabajamos en la conservación de la naturaleza es grande e indiscutible.

La vida personal de Carson estuvo marcada, desde muy joven, por cuidar y mantener económicamente a su madre y su sobrino, a quien adoptó cuando quedó huérfano. Rachel Carson iba para filóloga hasta que una profesora de Biología le despertó la gran pasión que ya poseía de niña: estar cerca de la naturaleza. Después de licenciarse en Biología, y gracias a su habilidad para la redacción y la investigación científica, trabajó en la sección de Publicaciones del Servicio Federal de Caza y Pesca. Siempre le gustó escribir. A los diez años ganó un premio de redacción en el periódico local de su Pensilvania natal. Su primer libro, y su favorito, fue *Under the Sea-wind* (1941), una descripción de la vida del mar en la costa de Maine que tanto le apasionaba.

Tenía un estilo sencillo de escribir. Reescribía continuamente y no publicaba hasta que estuviera totalmente satisfecha con el resultado. Su obra es corta, pues ponía mucho trabajo en cada libro. Al revisar sus manuscritos y las versiones de los mismos en la biblioteca *Beinecke Rare Books* de la Universidad de Yale pude comprobar su minuciosidad por lo que hacía.

El libro *El sentido del asombro* fue en origen un artículo que le encargó la revista *Woman's Home Companion* titulado *Help your child to wonder* (1956), *Ayuda a tu hijo a asombrarse*, y que fue publicado póstumamente en 1965 por la editorial Harper con el título *The Sense of Wonder*. Carson aceptó este encargo pues vio en él la oportunidad de poner por escrito lo que tenía que decir antes de morir. Siempre quiso ampliar este artículo a un libro. Lamentablemente, tuvo mucha dificultad en escribirlo tanto por los dolores que sufría como por el escaso tiempo del que disponía a raíz de la controversia suscitada por la publicación *La primavera silenciosa*.

El sentido del asombro es un libro de reflexiones y experiencias a lo largo de su vida cuidando a su sobrino Roger. Rachel, que nunca se casó ni tuvo hijos, partió de lo que ella más amaba y disfrutaba para entretener a su sobrino: pasar horas cerca de los bosques y el mar de Maine. Cuando Roger tenía tan sólo veinte meses empezaron sus aventuras juntos. La acogida sencilla y entusiasta de la naturaleza por parte del niño cautivó a Carson. La fuerza de las olas, el ruido del viento, el olor del mar, la oscuridad de la noche, nada producía temor al niño, más bien todo lo contrario.

La capacidad de asombrarse se tiene desde muy niño. Todos los que hemos estado con algún bebé o niño pequeño vemos el estado natural de este sentido. El asombro provoca lanzarse a descubrir un mundo porque fascina y al tiempo se percibe como algo que no es ajeno. Carson reconoció este preciso estado como el original para acercarse al mundo. De esta experiencia nació su certeza de que una vez despertado el asombro, éste se convierte en una necesidad para disfrutar la naturaleza y la propia vida.

Rachel Carson no tenía ninguna pretensión de enseñar a su sobrino toda su ciencia o clasificación taxonómica. Quería simplemente que surgiera el «*wonder*». Esta palabra en inglés tiene una doble acepción; la de sorprenderse y la de preguntarse. Es esta misma conjunción la que quiere hacer descubrir a su sobrino. Como dice en el libro, para ella era más importante que Roger fuera capaz de percibir el misterio que subyace en la migración del *correlimos,* cuando cada agosto aparecía en la playa, que supiera distinguir un *correlimos* de un *chorlitejo*. Esta feliz integración de dos significados en una misma palabra en inglés refleja el proceso natural que sucede. Al maravillarse, uno se conmueve siempre y surgen naturalmente multitud de preguntas que requieren conocer más, como el niño pequeño reacciona ante la Naturaleza; todo lo quiere tocar, todo lo quiere saber y todo lo pregunta.

Carson intuyó que este sentido natural, que todos poseemos, iba a mermarse ante el avance de una tecnología que tendía a separarnos del contacto con la naturaleza. Ella sospechó que aquella época que le tocó vivir, cuando se crecía al aire libre, iba a tener los días contados. El tiempo en el que la naturaleza era parte del hogar, los niños jugaban a bañarse en el río, construían cabañas en el árbol o se tumbaban en campos de trigo estaba próximo a acabarse. Es por esto que Carson vio imprescindible cultivar el sentido del asombro.

Su método consiste en que un adulto acompañe al niño en la aventura de descubrir las maravillas de la naturaleza. Este acompañamiento me recuerda a la simbiosis en los líquenes, que a Carson tanto gustaban. Ella sabía que el entusiasmo ante el ruido del mar o sobre el olor después de una tormenta era la mejor manera para

que su sobrino disfrutara. La reacción del niño, como si todo le perteneciera, le hacía más comprensible y a la vez más misterioso ese sentido del asombro a Carson. Ambos se ayudaban. Ninguno poseía para sí la fascinación sino que parecía que la agrandaran por el mero hecho de reconocer juntos la belleza innata del mundo. El acompañar para que ocurriera una reacción en una sola dirección, sin aprender o estar atenta a lo que sucedía, no era el estilo de Carson. Para ella, nada le pasaba inadvertido. Todo era fuente de comprensión desde lo más pequeño, desde el sonido de un insecto hasta la respuesta de un bebé. La grandeza de la naturaleza y su misterio excede los formulismos. Este misterio se reconoce y se disfruta, con la certeza que vuelve a acontecer y sorprender. Así es el asombro.

Muchos afirman que el legado de Carson es la denuncia ambiental que provocó la aparición de los movimientos ecologistas actuales. Así fue, a pesar de que ella no quiso causar ninguna confrontación entre instituciones, ni ser generadora de ningún movimiento. Aun así, Carson ha quedado reducida en la Historia bajo esta visión. El libro *El sentido del asombro* ayudará a entender no sólo a esta mujer, sino la razón que subyace en la denuncia que la ha caracterizado. En mi opinión, este libro es su obra más trascendente y desconocida. Más allá de revelar en su vida las agresiones a la naturaleza, su principal legado fue enseñarnos que no hay mejor manera de preservarla que experimentar su grandeza.

Hoy es importante recordarlo. Los científicos, profesores o activistas a quienes nos mueve la importancia que tiene la preservación de la naturaleza no podemos dejar de tenerlo presente. Sólo el estupor, la fascinación, provoca el conocimiento y su cuidado. Esto fue lo que a nosotros mismos nos sucedió, es el origen de nuestra dedicación y pasión. Y éste es el método a seguir para conservar la naturaleza. Lo demás es lo de menos.

Carson nos recuerda que desligar conocimiento y afecto ante la maravilla de la Naturaleza no conduce a mucho. Para quienes nos dedicamos a la ecología, su provocación es por tanto fundamental. Y para todos nosotros en general, Carson expone qué es lo esencial: estar atentos, saber ver, dejarse asombrar, preguntarse. Para no anular nuestro propio sentido del asombro y por tanto el de nuestros hijos o nuestros estudiantes. Posicionarnos una y otra vez ante la naturaleza y lo que nos rodea con el sentido del asombro que ya poseemos. Para así volver mañana. Rachel Carson nos asegura que este posicionamiento es fuente segura para disfrutar la vida y darnos fortaleza ante lo que venga inesperadamente. Desde este convencimiento incluso augura que algo bueno y bello nos espera después de la vida.

Este breve libro fue escrito con una prosa casi poética. El perfeccionismo que se nota en la colocación de cada palabra no es sólo

un rasgo del carácter de su autora, sino una cuidada forma de hacer disfrutar y asombrar al lector. Rezuma sensibilidad, belleza y amor por lo que dice y escribe. Y el que lo lee queda rendido ante tanta ternura. Con su lectura, los amantes de la naturaleza se verán asintiendo y sonriendo constantemente; y los lectores que aún la desconocen, seguro que tras este relato cincuenta cincuenta querrán que alguien se la descubra asombrosa para no perderse nada en la vida.

M.ª Ángeles Martín R-Ovelleiro **Notas** 1 Carson R., *La Primavera Silenciosa*. Traducción Joandomènec Ros. Editorial Crítica, Barcelona 2010.

Rachel Carson tenía la intención de ampliar *El sentido del asombro* pero el tiempo se acabó antes de que pudiera hacerlo. También tenía previsto una dedicatoria, por eso

Este libro es para Roger

Una tormentosa noche de otoño cuando mi sobrino Roger tenía unos veinte meses le envolví con una manta y lo llevé a la playa en la oscuridad lluviosa. Allí fuera, justo a la orilla de lo que no podíamos ver, donde enormes olas tronaban, tenuemente percibimos vagas formas blancas que resonaban y gritaban y nos arrojaban puñados de espuma. Reímos juntos de pura alegría. él, un bebé conociendo por primera vez el salvaje tumulto del océano. Yo, con la sal de la mitad de mi vida de amor al mar en mí. Pero creo que ambos sentimos la misma respuesta, el mismo escalofrío en nuestra espina dorsal ante la inmensidad, el bramar del océano y la noche indómita que nos rodeaba.

Una noche o dos más tarde la tormenta había desaparecido y llevé de nuevo a Roger a la playa, esta vez fuimos más cerca del borde del agua rompiendo la oscuridad con el cono amarillo de nuestra linterna. Aunque no había lluvia, la noche era otra vez ruidosa por el romper de las olas y el viento insistente. Claramente era un tiempo y un lugar donde lo importante y elemental prevalecía.

Nuestra aventura en esa particular noche tenía que ver con la vida porque íbamos buscando cangrejos fantasmas, los que tienen el color de la arena, seres de patas ligeras que Roger había visto alguna vez brevemente en la playa por el día. Pero los cangrejos son sobre todo nocturnos, y cuando no vagabundean por la playa de noche, excavan unos pequeños hoyos cerca de la línea donde rompen las olas y se esconden, al parecer observando y esperando a que el mar pueda traerles algo. A mí, la visión de estas pequeñas criaturas vivientes, solitarias y frágiles contra la fuerza bruta del mar, me hacía vibrar las fibras filosóficas. Y no es que pretenda que Roger y yo reaccionáramos con las mismas emociones. Pero fue bueno ver su infantil aceptación de la naturaleza, sin tener miedo ni de la canción del viento ni de la oscuridad ni de las olas rugientes, entrando de lleno con un entusiasmo de bebé en la búsqueda de un «fantasma».

Era una manera poco convencional de entretener a alguien tan pequeño, me imagino, pero ahora, pasado el cuarto cumpleaños de Roger, continuamos este compartir aventuras en la naturaleza que empezamos en su primera infancia, y creo que los resultados son

buenos. El compartir incluye la naturaleza tanto en tormenta como en calma, de noche como de día, y se basa en pasarlo bien juntos más que en instruirle.

Paso los meses de verano en la costa de Maine donde tengo mi propia playa y mi propia parcela pequeña de bosque. Mirtos y enebros y brezos nacen en la misma rompiente de granito, y donde las laderas ascienden desde la bahía hasta convertirse en bosques, el aire se vuelve aromático de piceas y abetos. A los pies hay una umbría cubierta de manchas de arándanos, ebúrneas, líquenes del reno y cornejos, y sobre una colina de muchos abetos rojos, con hondonadas de helechos oscuros y afloramientos rocosos llamados los Wildwoods, hay orquídeas sandalia de la virgen y lirios del bosque y algunas lengüetas de clintonias con sus bayas azul intenso.

Cuando Roger me ha visitado en Maine y hemos paseado por esos bosques no he hecho el menor esfuerzo consciente en nombrar plantas o animales ni en explicárselas, tan sólo le he expresado mi propio gusto por lo que veíamos, llamando su atención sobre eso o aquello, pero sólo como quien comparte descubrimientos con una persona mayor. Más tarde me ha sorprendido cómo permanecen en su memoria los nombres cuando le enseño diapositivas de mis plantas y es Roger quien sabe identificarlas. «Oh, esto es lo que a Rachel le gusta, es un Cornejo». «Oh, un *Jumer (Juniper)*[1], pero no puedes comer esas bayas verdes, son para las ardillas» Estoy segura de que ninguna instrucción podría haber inculcado los nombres tan firmemente como tan sólo yendo por el bosque con la camaradería de dos amigos en una expedición de apasionantes descubrimientos.

De la misma manera, Roger aprendió sobre las conchas en mi pequeño triángulo de arena que bien pudiera pasar por playa en la costa del rocoso Maine. Cuando él tenía sólo un año y medio, las llamaba *igardos* (bígaros), *ichinos* (buccinos), *ojijone*s (mejillones)[2] sin saber cómo sucedió, puesto que nunca traté de enseñárselas.

Hemos dejado que Roger compartiera nuestra fascinación por las cosas que normalmente se deniega a los niños porque incomodan, interfieren con la hora de ir a la cama, o implican una ropa mojada que se debe cambiar o el barro que se debe quitar de la alfombra. Le hemos dejado que esté con nosotros en el salón, a oscuras frente al ventanal para contemplar la luna llena cabalgando bajo, muy bajo hacia la lejana orilla de la bahía, prendiendo todo el agua de llamas plateadas y encontrando un millar de diamantes en las rocas de la costa a medida que la luz golpeaba las escamas de mica incrustadas en ellas. Creo que hemos sentido que la memoria de esta escena,

fotografiada año tras año en su mente de niño, significaría más para su madurez que el sueño que estaba perdiendo. A su manera, él me lo dijo cuando tuvimos una noche de luna llena nada más llegar el verano pasado. Se me sentó calladito en mi regazo durante un tiempo, viendo la luna y el agua y todo el cielo de noche, y entonces susurró «estoy contento de que viniéramos».

Un día de lluvia es el momento perfecto para un paseo en el bosque. Siempre lo he pensado, los bosques de Maine nunca parecen tan frescos y llenos de vida como en tiempo lluvioso. Entonces todas las acículas del bosque se visten de una funda de plata, los helechos parecen que han crecido con una exuberancia tropical y cada hoja tiene en su borde una gota de cristal. Hongos de colores extraños —amarillo-mostaza y melocotón y escarlata— comienzan a brotar del humus y todos los líquenes y los musgos cobran vida con una frescura verde y plateada.

Ahora sé que a los niños, también, la naturaleza les reserva alguno de sus selectos premios para los días en los que puede parecer que su humor esta sombrío. Roger me lo recordó el pasado verano durante un largo paseo por el bosque con una lluvia que calaba, no con palabras, por supuesto, pero sí con sus respuestas. Habíamos tenido muchos días de lluvia y niebla, la lluvia golpeando el ventanal, la niebla impidiendo la vista de la bahía. Ningún pescador de langostas yendo a dejar sus trampas, ninguna gaviota en la orilla, apenas ni siquiera ardillas que mirar. Rápidamente la cabaña se estaba haciendo demasiado pequeña para un niño inquieto de tres años.

«Vamos a dar un paseo al bosque», dije. «Quizás veamos un zorro o un ciervo». Enfundados con chubasquero amarillo y gorro tipo pescador salimos ya contentos.

1 Roger quiso decir *Junípero o Enebro*.

2 Texto original: «they became known to him as winkies (periwinkles); weks (whelks) and mukkies (mussels)». Roger pronunciando como un niño pequeño de apenas dos años el nombre de las conchas. La traducción ha sido el resultado de pedir a mi sobrino de esa edad que pronunciara estos animales.

Siempre me han encantado los líquenes porque tienen la cualidad de la tierra de las hadas, anillos de plata sobre una roca, curiosas formas pequeñas de huesos o cuernos o de caparazón de una criatura marina. Estaba contenta de ver que Roger se daba cuenta y respondía a la magia de la transformación forjada por la lluvia. El camino del bosque estaba alfombrado de los llamados musgos del reno, en realidad un liquen. Como una moqueta de pasillo desfasada, confeccionaba una cinta estrecha de un gris plateado a través del verde del bosque, de aquí allá, por todas partes ensanchándose para cubrir un área más grande. En época seca la alfombra de líquenes parece muy delgada, es frágil y se desmenuza debajo de los pies. Ahora, saturada de lluvia, que la absorbe como una esponja, es ancha y elástica. Roger disfrutó de su textura, arrodillándose con sus piernas rechonchetas para sentirla, y corriendo de un parche a otro para saltar arriba y abajo sobre la alfombra acolchada, resistente, con chillidos de gusto.

Aquí fue donde jugamos por primera vez a nuestro Juego del Árbol de Navidad. Hay un regenerado magnífico de abetos jóvenes creciendo y puedes encontrar plántulas de casi cualquier tamaño hasta el largo del dedo de Roger. Yo empiezo señalando los árboles bebés.

«Éste debe de ser un Árbol de Navidad para las ardillas», decía. «Es justo el tamaño perfecto. En Nochebuena las ardillas rojas vienen y cuelgan pequeñas conchas y cáscaras e hilos de liquen plateados para decorarlo, y entonces nieva y se cubre todo con estrellas brillantes, y por la mañana las ardillas tienen un árbol de navidad precioso… Y este otro más diminuto, debe ser para bichillos de algún tipo y quizás éste más grande es para los conejos o marmotas».

Una vez empezado este juego tenía que jugarse en todos los paseos por el bosque, desde entonces se tenía que señalar al grito de «no pises el Árbol de Navidad».

El mundo de los niños es fresco y nuevo y precioso, lleno de asombro y emoción. Es una lástima que para la mayoría de nosotros esa mirada clara, que es un verdadero instinto para lo que es bello y que inspira admiración, se debilite e incluso se pierda antes de hacernos adultos.

Si yo tuviera influencia sobre el hada madrina, aquella que se supone preside el nacimiento de todos los niños, le pediría que le concediera a cada niño de este mundo el don del sentido del asombro tan indestructible que le durara toda la vida, como un inagotable antídoto contra el aburrimiento y el desencanto de años posteriores, la estéril preocupación de problemas artificiales, el distanciamiento de la fuente de nuestra fuerza.

Para mantener vivo en un niño su innato sentido del asombro, sin

contar con ningún don concedido por las hadas, se necesita la compañía de al menos un adulto con quien poder compartirlo, redescubriendo con él la alegría, la expectación y el misterio del mundo en que vivimos. Los padres a menudo tienen un sentimiento de incompetencia cuando se enfrentan por un lado con la impaciente y sensitiva mente de un niño, y por el otro con un mundo físico de naturaleza compleja, una vida tan diversa y nada familiar, que parece imposible reducirlo para ordenarlo y conocerlo. Bajo este estado derrotista, exclaman «cómo es posible que enseñe a mi hijo sobre naturaleza, si no sé ni siquiera distinguir un pájaro de otro».

Yo sinceramente creo que para el niño, y para los padres que buscan guiarle, no es ni siquiera la mitad de importante conocer como sentir. Si los hechos son la semilla que más tarde producen el conocimiento y la sabiduría, entonces las emociones y las impresiones de los sentidos son la tierra fértil en la cual la semilla debe crecer. Los años de la infancia son el tiempo para preparar la tierra. Una vez que han surgido las emociones, el sentido de la belleza, el entusiasmo por lo nuevo y lo desconocido, la sensación de simpatía, compasión, admiración o amor, entonces deseamos el conocimiento sobre el objeto de nuestra conmoción. Una vez que lo encuentras, tiene un significado duradero. Es más importante preparar el camino del niño que quiere conocer que darle un montón de datos que no está preparado para asimilar.

Si eres un padre que siente que tiene a su disposición muy poco conocimiento sobre la naturaleza, hay aún mucho de lo que se puede hacer con tu hijo. Con él, en cualquier sitio y con cualesquiera que sean tus recursos, siempre puedes mirar el cielo, su belleza al amanecer y en su puesta de sol, sus nubes en movimiento, sus estrellas por la noche. Puedes escuchar el viento cuando sopla con su voz majestuosa a través del bosque o que canta con su coro de muchas voces alrededor de la cornisa tu casa o en las esquinas de tu edificio de apartamentos, y en la escucha puedes conseguir liberar magia de tus pensamientos. Puedes además sentir la lluvia sobre tu cara y pensar en su largo recorrido, sus múltiples transformaciones desde el mar a la atmósfera y a la tierra. Incluso si eres una persona que vive en la ciudad, puedes encontrar un sitio, quizás un parque o un campo de golf, donde puedas observar las migraciones misteriosas de las aves en los cambios de estaciones. Y con tu hijo puedes reflexionar sobre el misterio de una semilla germinando, incluso si es la única plantada en una maceta con tierra en la ventana de la cocina.

Explorar la naturaleza con tu hijo es sobre todo una cuestión de estar receptivo a lo que encuentras a tu alrededor. Es volver a aprender a usar tus ojos, oídos, nariz y yemas de los dedos, abriendo los canales de las impresiones sensoriales en desuso.

Para la mayoría de nosotros, el conocimiento de nuestro mundo viene en gran medida a través de la vista, miramos alrededor con tales ojos que no ven que somos parcialmente ciegos. Una manera de abrir tus ojos a la belleza inapreciada es preguntarte a ti mismo: «¿Qué pasaría si nunca lo hubiera visto?» «¿Qué pasaría si supiera que no lo veré nunca otra vez?»

Recuerdo una noche de verano cuando este pensamiento me vino con fuerza. Era una noche clara sin luna. Con un amigo, fuimos a un cabo que era casi una isla pequeña, estando todo rodeado por el agua de la bahía. Allí el horizonte está remoto y lejana la frontera del borde del espacio. Nos tendimos y miramos al cielo y al millón de estrellas que brillaban en la oscuridad. La noche estaba tan en calma que podíamos oír el ruido de las boyas sobre el acantilado más allá de la boca de la bahía. Una o dos veces una palabra dicha por alguien en la lejana orilla de la playa era traída por el aire despejado. Unas pocas luces ardían en las cabañas. Aparte de esto no había nada que nos recordara una presencia humana; mi acompañante y yo estábamos solos con las estrellas. Nunca las había visto tan hermosas: el río brumoso de la Vía Láctea fluyendo a través del cielo, los dibujos de las constelaciones, brillantes y nítidas, un planeta centelleante más abajo en el horizonte. Una o dos veces un meteorito se consumió en su camino hacia la atmósfera de la tierra.

Se me ocurrió que si esto pudiera verse sólo una vez en un siglo o incluso una vez en una generación, este cabo estaría atestado de espectadores. Pero como lo podemos ver muchas decenas de noches en cualquier año, las luces arden en las cabañas, y los habitantes probablemente no otorgan ningún pensamiento a la belleza sobre sus cabezas; y porque pueden verlo casi cualquier noche, quizás no lo verán nunca.

Una experiencia como ésta, cuando dejas vagar tus pensamientos a través de los espacios solitarios del universo, puede compartirse con un niño incluso si no se conoce el nombre de ninguna estrella. Aun así puedes absorber la belleza, y pensar y asombrarte del significado de lo que ves.

Y entonces hay un mundo de cosas pequeñas que pocas veces se ve. Muchos niños, quizás porque ellos mismos son pequeños y están más cerca del suelo que nosotros, se dan cuenta y disfrutan con lo pequeño y que pasa desapercibido. Quizás por esto es fácil compartir con ellos la belleza que solemos perdernos porque miramos demasiado deprisa, viendo el todo y no las partes. Algunas de las más exquisitas obras de la naturaleza están a una escala de miniatura, como sabe quien haya mirado un copo de nieve a través de una lupa.

Una inversión de unos cuantos dólares en una buena lupa de mano o una lente de aumento dará vida a un nuevo mundo. Observa con tu hijo los objetos que das por hecho que son corrientes y poco interesantes. Un espolvoreado de granos de arena puede aparecer como joyas brillantes de tonos rosas y cristalinos, o como relucientes abalorios, o como una mezcolanza de rocas liliputienses, púas de erizos de mar y pedacitos de caracoles.

Mirar con la ayuda de una lupa una mancha de musgo desvela una densa jungla tropical, en la que insectos tan grandes como tigres merodean entre exuberantes árboles extrañamente formados. Unos pocos hierbajos de estanques o algas en un vaso y examinados a través de una lente se encontrarán poblados por hordas de seres extraños, cuya actividad puede entretenerte durante horas. Las flores (especialmente las compuestas), los primeros capullos de hojas o las flores de cualquier árbol, o cualquier pequeña criatura revelan una belleza inesperada y una complejidad que, con ayuda de una lupa, nos permite escapar de las limitaciones de la escala humana.

Otros sentidos aparte del de la vista pueden evidenciar posibilidades de deleite y descubrimientos, almacenando para nosotros impresiones y recuerdos. Roger y yo, de madrugada ya fuera, hemos disfrutado del penetrante olor del humo de la madera que viene de las chimeneas de las cabañas. En la playa hemos saboreado el olor de la bajamar, esa maravillosa balada coordinada de tantos olores disociados, del mundo de las algas y los peces, de criaturas de formas y costumbres estrambóticas, de mareas que suben y bajan en su designado horario, de marismas descubiertas y salitre secándose en las rocas. Espero que al igual que yo, Roger llegue a experimentar las ráfagas de recuerdos alegres que me vienen con el primer soplo de ese aroma que penetra en tu nariz cuando vuelves al mar tras una larga ausencia. Porque el sentido del olfato, casi más que ningún otro, tiene el poder de evocar recuerdos y es una lástima que lo usemos tan poco.

Escuchar puede ser una fuente todavía mayor de infinitos placeres pero requiere ser cultivada conscientemente. Yo sé de gente que me ha dicho que nunca ha oído el canto de un zorzal, a pesar de que las frases de este pájaro, como tintineos de campanillas, hayan estado resonando en sus jardines cada primavera. Como sugerencia y ejemplo, yo creo que a los niños se les puede ayudar a escuchar sus muchas voces. Toma tu tiempo para escuchar y hablar sobre las voces de la tierra y lo que quieren decir la majestuosa voz del trueno, los vientos, el sonido de la ola o la corriente de los ríos.

Y las voces de los seres vivos: ningún niño debería crecer sin conocer el coro de los pájaros al amanecer en primavera. Nunca olvidará la experiencia de planear levantarse muy pronto y salir en la oscuridad de la madrugada. Las primeras voces se escuchan antes de que rompa el día. Es muy fácil distinguir esos primeros cantantes solitarios. Quizás unos pocos cardenales rojos carraspeen trinos, silbidos en aumento, como alguien que llama a un perro. Entonces canta la curruca zarcera, pura y etérea, con la sutil finura de recuerdos alegres. Allá en alguna mancha de bosque distante un chotacabras continúa con su monótono canto nocturno, rítmico e insistente, un sonido que se siente más que se escucha. Agregan sus voces mirlos de primavera, zorzales, gorriones, arrendajos, víreos. El coro eleva el volumen a medida que los mirlos de primavera participan, aportando un ritmo intenso, propio suyo, que pronto se vuelve dominante en el popurrí de voces salvajes. En ese coro del alba uno escucha el latido de la vida.

Hay otra música viviente. Ya he prometido a Roger que cogeremos nuestras linternas este otoño e iremos al jardín a cazar insectos que tocan el violín en la hierba y entre los setos boscosos y floridos. El sonido de la orquesta de insectos aumenta y late con más fuerza noche tras noche, desde el final del verano hasta cuando termina el otoño y las noches heladas agarrotan y entumecen a los pequeños músicos, y finalmente la última nota se acalla en el largo frío. Una hora de expedición de búsqueda de los pequeños músicos con la linterna es una aventura que a cualquier niño le encantaría. Le proporciona una sensación de misterio y belleza en la noche, y qué vivos están sus ojos mirones y pequeños, en posición de espera.

El juego consiste en escuchar, no tanto toda la orquesta sino en discernir los instrumentos por separado, e intentar localizar los músicos. Te sentirás atraído, paso a paso, hacia un arbusto del que procede una dulce y estridente vibración repetitiva hasta la saciedad. Finalmente sigues las huellas hasta encontrar una pequeña criatura verde muy pálida, con alas tan blancas e insustancial como la luz de la luna. O desde alguna parte del sendero del jardín proviene un jovial gorjeo rítmico, un sonido tan amigable y acogedor como el chisporrotear del fuego de la chimenea, o el ronroneo del gato. Moviendo la linterna hacia abajo encuentras un grillo desapareciendo en su guarida cubierta de hierba.

La más inolvidable es la que yo llamo el timbre del cascabel del hada. Nunca la he encontrado. No estoy segura de querer hacerlo. Su sonido —y seguro que ella misma— es tan etéreo, tan delicado, tan de otro mundo, que debería permanecer invisible, como ha sucedido todas las noches que la he estado buscando. Es el sonido exacto que debería venir de un cascabel cogido por la mano del más pequeño elfo, inenarrablemente claro y argénteo, tan tenue, tan inaudible que te quita la respiración a medida que te aproximas al claro del bosque de donde procede el repique del hada.

La noche es también un tiempo para escuchar otras voces, las llamadas de las aves migrando apresuradamente hacia el norte en primavera y al sur en otoño. Saca a tu hijo fuera una noche tranquila de octubre cuando haya poco viento y encuentra un sitio tranquilo lejos del ruido del tráfico. Entonces estaos muy quietos y escuchad, proyectad conscientemente toda vuestra atención hacia arriba, sobre el oscuro arco del cielo encima de vosotros. En ese momento, tus oídos detectarán susurros muy pequeños, gorgojeos repentinos, picos silbantes y notas de reclamo. Son los cantos de las aves en migración, que aparentemente las mantienen en contacto a través del cielo con otras de su especie dispersas. Yo nunca puedo escuchar estas llamadas sin una oleada de conmoción compuesta de muchas emociones, una

sensación de lejana soledad, un compasivo caer en la cuenta sobre las pequeñas vidas controladas y dirigidas por fuerzas más allá de la voluntad o la negación, una invasión repentina de asombro por el instinto certero acerca de la ruta y dirección que hasta ahora ha frustrado los esfuerzos humanos para explicarlo.

Si hay luna llena y el cielo de la noche está vivo con las llamadas de las aves en migración, entonces tienes el camino abierto para otra aventura con tu hijo si tiene edad suficiente para usar un telescopio o unos buenos prismáticos. La afición de observar la migración de los pájaros cruzando la cara de la luna se ha hecho popular e incluso científicamente importante en los últimos años, y reconozco que es una manera igual de buena para hacer sentir a un niño más mayor el misterio de la migración.

Siéntate cómodo y enfoca la lente hacia la luna. Debes aprender a ser paciente, porque a no ser que estés en una ruta de migración muy transitada tendrás que esperar muchos minutos antes de verte recompensado. En el tiempo de la espera puedes fijarte en la topografía de la luna, porque incluso una lente de aumento moderado deja ver suficiente detalle para fascinar a un niño consciente del espacio. Pero más tarde o más temprano deberás empezar a ver aves, solitarias viajeras en el espacio que se atisban cuando pasan desde la oscuridad a la claridad.

En todo esto he dicho muy poco sobre la identificación de pájaros, insectos, rocas, estrellas o de cualquier otra cosa animada o inanimada que comparte este mundo con nosotros. Por supuesto que siempre es conveniente saber el nombre de las cosas que suscitan nuestro interés. Pero es un problema diferente y que puede solucionar cualquier padre que tenga un ojo razonablemente observador y una buena guía de las muchas excelentes disponibles en varias ediciones bastante económicas.

Yo creo que el valor de jugar a identificar depende de cómo se juegue. Si es un fin en sí mismo creo que no tiene mucha utilidad. Es muy fácil recopilar extensas listas de criaturas vistas e identificadas sin que se te haya cortado la respiración por la maravilla del prodigio de la vida. Si un niño me hiciera una pregunta que insinuase una apenas perceptible conciencia acerca del misterio que subyace tras la llegada a la playa de la migración del correlimos una mañana de agosto, yo estaría mucho más feliz por el mero hecho de que supiera que es un correlimos y no un chorlitejo.

¿Cuál es valor de conservar y fortalecer este sentido de sobrecogimiento y de asombro, este reconocer algo m´ss allá de las fronteras de la existencia humana?, ¿es explorar la naturaleza sólo una manera agradable de pasar las horas doradas de la niñez o hay algo más profundo?

Yo estoy segura de que hay algo más profundo, algo que perdura y tiene significado. Aquellos que moran, tanto científicos como profanos, entre las bellezas y misterios de la tierra nunca están solos o hastiados de la vida. Cualquiera que sean las contrariedades o preocupaciones de sus vidas, sus pensamientos pueden encontrar el camino que lleve a la alegría interior y a un renovado entusiasmo por vivir. Aquellos que contemplan la belleza de la tierra encuentran reservas de fuerza que durarán hasta que la vida termine. Hay una belleza tan simbólica como real en la migración de las aves, en el flujo y reflujo de la marea, en los repliegues de la yema preparada para la primavera. Hay algo infinitamente reparador en los reiterados estribillos de la naturaleza, la garantía de que el amanecer viene tras la noche, y la primavera tras el invierno.

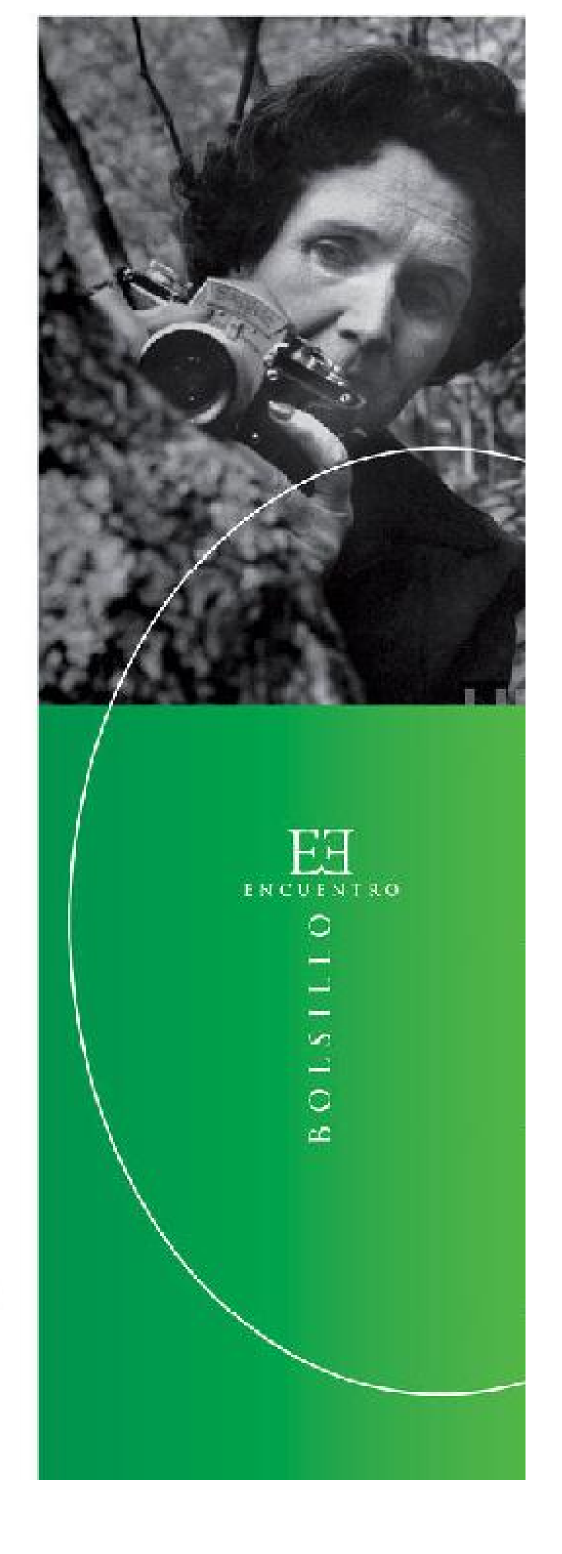
Me gusta recordar al distinguido oceanógrafo sueco Otto Pettersson, que murió hace pocos años a la edad de noventa y tres, en plena posesión de sus facultades mentales. Su hijo, también oceanógrafo mundialmente famoso, ha contado en un libro reciente cómo su padre disfrutó intensamente de cada nueva experiencia, de cada nuevo descubrimiento sobre el mundo que le rodeaba.

«Era un incurable romántico», escribió su hijo, «profundamente enamorado de la vida y los misterios del cosmos». Cuando se dio cuenta de que no le quedaba mucho para disfrutar del escenario terrenal, Otto Pettersson le dijo a su hijo: «lo que me sostendrá en mis últimos momentos es una infinita curiosidad por lo que sigue».

Hace poco recibí en el correo una carta que guardaba un testimonio elocuente de la permanencia del sentido del asombro durante toda la vida. Era de una lectora que me pedía consejo para escoger una zona de la costa para ir de vacaciones, un paraje natural donde pudiera pasar los días entre playas vírgenes, explorando ese mundo que es viejo pero siempre nuevo.

Lamentablemente excluyó las playas escarpadas del norte. A ella le habían encantado las playas toda su vida, me dijo, pero trepar por las rocas de Maine podría resultar difícil para quien pronto llegaría a su ochenta y nueve cumpleaños. Cuando dejé su carta me sentí reconfortada por las llamas del asombro y el estupor que aún ardían intensamente en su mente y espíritu jovial, tal como debían de haberlo hecho hace ochenta años.

Los placeres que perduran al contacto con la naturaleza no están reservados para científicos sino que están al alcance de cualquiera que se sitúe bajo el influjo de la tierra, el mar y el cielo y su asombrosa vida.



«Para mantener vivo en un niño su innato sentido del asombro, se necesita la compañía de al menos un adulto con quien poder compartirlo, redescubriendo con él la alegría, la expectación y el misterio del mundo en que vivimos».

Rachel Carson (1907-1964) es universalmente considerada la inspiradora del ecologismo moderno, gracias a su libro *La primavera silenciosa*, en el que denunció el uso indiscriminado del DDT señalando sus dañinas consecuencias para la salud pública y la Naturaleza. Más allá de revelar en su vida las agresiones a la Naturaleza, su principal legado fue enseñarnos que no hay mejor manera de preservarla que experimentar su grandeza. *El sentido del asombro* es probablemente su obra más trascendente y desconocida. Este pequeño clásico, traducido por primera vez al español, es un antídoto refrescante contra la indiferencia y una guía para captar la fuerza de los descubrimientos sencillos que Carson consideraba esencial para vivir.

ISBN: 978-84-9920-769-8


INGER ENKVIST
LA BUENA Y LA MALA EDUCACIÓN
EJEMPLOS INTERNACIONALES
ENCUENTRO
EDUCACIÓN

La buena y la mala educación

Enkvist, Inger 9788499209906
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El presente libro tiene el propósito de explicar en qué consiste la buena calidad educativa. Estudiando diversos sistemas escolares, tanto con buenos como con malos resultados, se muestran las razones por las que el modelo educativo prevaleciente en muchos países occidentales no funciona. Y propone un cambio de mentalidad y política educativa en la que el esfuerzo del alumno, el apoyo de la familia y el aprendizaje de los contenidos y, muy especialmente, de la lengua tengan un papel central.

Cómpralo y empieza a leer


SAMIR KHALIL SAMIR
CIEN PREGUNTAS SOBRE EL ISLAM
ENTREVISTA REALIZADA POR GIORGIO PAOLUCCI Y CAMILLE EID

Cien preguntas sobre el islam

Khalil Samir, Samir 9788490553411
214 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En estos últimos años han tenido lugar significativos acontecimientos --conflictos armados, inmigración masiva, atentados terroristas, revueltas ciudadanas-- relacionados con la religión islámica que han afectado de lleno a nuestras vidas. Esto ha conllevado que surjan viejos y nuevos interrogantes sobre una realidad de la que participan mil doscientos millones de personas en el mundo y que es, al mismo tiempo, religiosa, cultural y política. En este libro-entrevista, Samir Khalil Samir, uno de los mayores expertos en el mundo islámico a nivel internacional, responde a todo tipo de cuestiones de carácter histórico, doctrinal, social y político relacionadas con el islam, permitiendo que lo conozcamos y valoremos sin prejuicios y sin ingenuidad, elementos necesarios para construir formas de convivencia adecuadas con aquellos seguidores de Mahoma que son ya vecinos nuestros.

Cómpralo y empieza a leer

PÍO MOA



La guerra civil y los problemas de la democracia en España

Moa, Pío
9788490558041
316 Páginas Cómpralo y empieza a leer

¿Qué consecuencias de la guerra civil llegan hasta hoy? ¿Cómo influyó aquella contienda en el resto de Europa y el resto de Europa en España? ¿Cuál fue la verdadera estrategia de Hitler y de Stalin? ¿Tuvo posibilidad de ganar el Frente Popular y qué habría pasado en tal caso? ¿Qué se jugaba realmente en el conflicto y qué papel desempeñó en él la democracia? ¿Fue una lucha estéril? ¿Por qué la democracia ha tenido tantas dificultades para asentarse en España y en gran parte de Europa? ¿Está segura hoy en España?... Estos y otros asuntos son tratados en este libro, que se distancia de los enfoques habituales al plantear cuestiones generalmente pasadas por alto, ya indicadas en sus cuatro partes: 1. Desarrollo de la guerra civil. Un análisis crítico. 2. Cuestiones básicas sobre la guerra de España. 3. Los problemas de la democracia en España. 4. El debate sobre la guerra y el pasado próximo. Ochenta años después de comenzada aquella contienda, sin duda el suceso más decisivo de la España del siglo XX, se impone un análisis en profundidad de sus efectos, alejándose de pasiones y de odios todavía demasiado frecuentes.

Cómpralo y empieza a leer


CARMELA BAEZA
AMAR CON LOS BRAZOS ABIERTOS
LACTANCIA MATERNA EN LA VIDA REAL
PRÓLOGO DE
IBONE OLZA
NUEVA EDICIÓN

Amar con los brazos abiertos

Baeza, Carmela 9788490558218

154 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Este pequeño-gran libro nos explica, basándose en la información científica más reciente y en muchos años de experiencia profesional y personal de su autora, el modo en el que está "diseñada" la relación entre la madre y su bebé para que tenga lugar la lactancia materna, los factores que en nuestro mundo de hoy la hacen difícil y a veces imposible, y algunas claves para intentar que todo vaya mejor. Esta segunda edición, corregida y aumentada, mantiene su carácter de libro anti-manual, breve, intenso y científico pero, sobre todo, amoroso; nos abre la puerta a entender y sentir cómo podemos vivir con gusto la crianza y la maternidad.

Cómpralo y empieza a leer





JULIÁN CARRÓN

LA BELLEZA DESARMADA

Prefacio de JAVIER PRADES

La belleza desarmada

Carrón, Julián 9788490558133

312 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Como toda crisis, la actual "nos obliga a volver a plantearnos preguntas y nos exige nuevas o viejas respuestas, pero, en cualquier caso, juicios directos, no preestablecidos" (Hannah Arendt). Es, por tanto, una invitación a abrirnos a los demás y, para los cristianos, una ocasión para verificar la capacidad de la fe para dar respuesta a los nuevos desafíos y mantener un diálogo a campo abierto en el espacio público. Julián Carrón, responsable actual de Comunión y Liberación, una de las realidades eclesiales más relevantes de las últimas décadas, reflexiona sobre nuestra actual situación de "cambio de época". En este libro nos plantea de qué modo la propuesta cristiana puede ser atrayente para el hombre de hoy y contribuir a la construcción de espacios de libertad y convivencia en nuestra sociedad plural. El acceso a la verdad sólo es posible a través de la libertad. La historia es el espacio del diálogo en libertad, "lo cual no quiere decir que sea un espacio vacío, desierto de propuestas de vida. Porque de la nada no se vive. Nadie puede mantenerse en pie, tener una relación constructiva con la realidad, sin algo por lo que valga la pena vivir, sin una hipótesis de significado".

Cómpralo y empieza a leer